

# Lluita

Organ del partit Socialista Unificat i de la U.G.T.

Proletaris de tots els països, uniu-vos!

La especulació en todos sus órdenes es un atentado al nuevo orden social y económico. Los especuladores deben ser perseguidos, dominados y castigados con todo e rigor de la ley como enemigos y saboteadores de nuestra guerra y de la revolución popular

NUM. 337

REDACCIÓ, ADMINISTRACIÓ I TALLERS:  
PALAU, 6 TELEFON 391

Tortosa, dijous, 9 de setembre 1937

NUMERO SOLT: 15 CENTIMS  
FRANQUEIG CONCERTAT

ANY 11

## EDITORIAL

### POLITICA INTERNACIONAL

Una vez más, en el transcurso de la sangrienta guerra que contra los fascismos coaligados venimos sosteniendo desde hace más de un año en legítima defensa, el espíritu de ayuda, la voz sincera y cordial de solidaridad a nuestra causa ha debido salir de las masas trabajadoras del gran país del socialismo, de la Patria de los Soviets.

Ante la conducta suicida de claudicaciones repetidas de los países llamados democráticos, con las audacias y chantajes de las naciones fascistas, la U. R. S. S. ha sido, como siempre, la única que ha osado levantar su protesta declarada, sin vacilación, con verdadera energía, dispuesta a cortar de una vez las provocaciones intolerables de los megalómanos de Berlín y Roma.

El gesto de los proletarios de la U. R. S. S. viene a compendiar todo cuanto en el espacio de un año ha realizado la U. R. S. S. en pro del derecho indiscutible de la España republicana, que es, al mismo tiempo, de salvaguardia de la obra de paz.

Las últimas provocaciones de los piratas fascistas han evidenciado patentemente la juleza de este punto de mira que de tanto tiempo venía denunciando España y que, al parecer, ha despertado la dormida conciencia de Inglaterra y Francia. Pero ha sido, también esta vez, el pueblo de la U. R. S. S. el que ha sentido la presión, la única consigna capaz de delener los locos afanes de expansionismo criminal de Hitler y Mussolini.

«Estamos dispuestos a trocar el martillo por el fusil» —han proclamado los ferroviarios de Kransnoyarsk—. «Los crímenes audaces de los piratas fascistas, que han hundido barcos mercantes soubéticos, no quedarán impunes. A la primera llamada del Partido Comunista y del Gobierno pasaremos del timón de los aviones de transporte y viajeros a las cabinas de los aviones de caza, bombardeo y reconocimiento» —han declarado los ases de la aviación—. «Desde Moscú a las capitales fascistas se va más de prisa que de dichas capitales a Moscú...»

Es el único lenguaje digno y capaz de influir y ser «escuchado» por los autócratas imperialistas. El fascismo lo hemos dicho y repetido en millones de ocasiones, es cobarde y falaz, y ante una actitud enérgica y decidida no tendrá más remedio que agachar la cabeza y retirarse con la cola entre piernas como fuldero ladrador que a fin de cuentas es.

Al anuncio de la Conferencia Internacional de potencias interesadas en el Mediterráneo, Italia y Alemania han iniciado ya sus manejos y trapicheos para torpedearla, al igual que hacen con los pacíficos barcos mercantes en el «Mare Nostrum». De momento, cediendo a su presión, España no ha sido invitada a las deliberaciones, mientras lo son, de momento con todos los honores, sus cínicos agresores. Pero esta vez quizá el cínico propósito les resulte fallido.

La U. R. S. S., que ha dado ya el grito de alerta, y asistirá a la Conferencia, responderá enérgicamente a todas las provocaciones que se intenten. La situación ha llegado a un extremo en que, si es preciso, deberá acudir a la razón de la fuerza para apoyar la fuerza de la razón.

Y el pueblo soviético ha hablado ya categóricamente en este sentido!

## IMPRESIONES

### El frente y la retaguardia

Por S. CAMPOS TERRE

«Tened, pues, en memoria, así los reyes como los súbditos, que ninguna de esas cosas se alcanza sin libertad, ni la libertad sin guerra, ni la guerra sin bríos y sin conformidad».

(Ungüera).

Llevamos ya quince días en segunda línea. Son días dedicados a la reorganización; pero, sobre todo, al descanso. Un descanso que sólo nosotros, los combatientes, acertamos a valorar. Para un hombre de

la retaguardia, una jornada de diecisiete horas de trabajo no representa de ningún modo un descanso. Tampoco lo hubiera representado para nosotros antes de la guerra. Algo ha cambiado sensiblemente en nues-

tra vida para que en el transcurso de un año haya variado tan radicalmente el concepto que teníamos del descanso.

Descansar era, antes del 19 de julio, casi sinónimo de mollicie. Para el hortera y para el intelectual, para el militar y para el estudiante, para el cura y para el campesino, para todos los hombres de las más diversas profesiones, descansar significaba antaño una de estas dos cosas, o ambas a la vez: no hacer nada o divertirse.

Los días festivos y las vacaciones estivales las dedicábamos, preferentemente, a vestirnos mejor, con más atildamiento que los días de trabajo, a comer y beber aquello que de ordinario no estaba a nuestro alcance; a olvidarnos de las duras jornadas de labor; a escapar, con un poco de insensibilidad, de la realidad cotidiana; a distraer nuestra atención preferente de los recuerdos penosos de cada día; a sustraernos en lo posible de las pequeñas miserias de cada hora; a aturdirnos un poco, cada uno a su manera, según sus gustos, sus manías y sus aficiones... El baile, el cine, el teatro, el cabaret, el deporte, para los jóvenes y aún para algunos ya bien tallados. El paseo por el campo, las horas mudas perdidas por entre las sombras de la iglesia o la quietud preñada de recuerdos dentro del hogar, mano sobre mano, para la gente reposada. Este era, a grandes rasgos, y en su aspecto general, el descanso de la «avanguer».

Ahora, para nosotros, todo es distinto. Incluso el descanso. Desde las cinco de la mañana, en que el corneta toca diana, hasta las diez de la noche, cuando la nota aguda y prolongada del silencio nos recluye a todos entre nuestras mantas, sobre el duro suelo, no estamos ociosos ni un sólo momento. Y a pesar de todo, nosotros llamamos jornadas de descanso a estas jornadas tan activas, tan intensas. Y, en efecto, son de descanso. Gimnasia, academia para cabos y sargentos, instrucción teórica para los soldados, instrucción práctica de batallón en orden cerrado, academia de oficiales, instrucción práctica de batallón en orden de combate, escuela para analfabetos, horas de estudio, las horas indispensables para comer y una hora y media de asueto al atardecer, absorben toda una de esas jornadas de descanso. Es una actividad incesante. Un ejercicio

se enlaza con el otro. No se para un sólo momento... Y me diréis: ¿Dónde está, pues, el descanso? A ciencia cierta, hasta yo lo ignoro. Pero el descanso debe ser esto, puesto que todos, desde los soldados hasta los jefes, trabajamos contentos y sin el menor asomo de protesta; el descanso debe ser esto, indudablemente. Y me aferro más a creerlo cuando apercibo que ha vuelto a nosotros la serena alegría que sólo proporciona el trabajo cuando se hace con gusto. Yo ya sé que para un hombre de retaguardia esto es incomprensible. Procuraré hacerlo asquible.

Nosotros venimos del frente. Allí las horas de «trabajo» no tienen reglamentación posible. Se trabaja de día y de noche. A veces, los combates duran (como ahora, recietemente, en el subsector de Brunete) once días y once noches consecutivas, sin interrupción de ninguno clase. Yo no sé el concepto que se tendrá en la retaguardia de los combates que aquí se libran, sobre todo de seis meses a esta parte. Me permito opinar que, al respectivo, aún no se ha dicho en la retaguardia la palabra justa. Quizás de haberla dicho con oportunidad y con tino no habríamos pasado ni seguiríamos pasando por el bohorno, el escándalo y la desvergüenza de mantener, a expensas de los inmensos sacrificios que impone la guerra, a ese otro ejército que con impunidad incomprensible, y siempre a costa nuestra, en lugar de trabajar para la guerra vive descaradamente de ella. Me refiero concretamente a esta casta de nuevos ricos nacida al calor de nuestra lucha. Casta de nuevos ricos peores que

aquellos grandes terratenientes que vieron abatido para siempre su poderío feudal en los primeros días de la guerra. No todos son de esta casta en la retaguardia. Afortunadamente, hay una mayoría, que vive para la guerra, que siente en lo más hondo la preocupación viva y constante de ganarla, y ganarla pronto, y que a ese noble y elevado deseo sacrifica sus mejores actividades y sus más nobles anhelos.

Pero esa mayoría logra a duras penas neutralizar el «sabotaje» de esa minoría de especuladores y señores de nuevo cuño, a que venimos refiriéndonos. ¿Qué sabrán esos vampiros de nuestra gesta, lo que significa la lucha que sostenemos, lo que cuesta arrancarle un palmo de terreno al enemigo? ¿Qué sabrán de este otro mundo en que nosotros, los combatientes, vivimos? Pero, a ellos, ¿qué les importa todo esto? Su única preocupación es vivir bien; amontonar riquezas; revivir, con más ignominia y con más escándalo, las peores lacras del pasado.

Los camaradas que han caído en la lucha no han hecho el holocausto de sus vidas para que los desaprensivos, los revolucionarios de pega y la basura fascista que infecta nuestra retaguardia, hagan su agosto y sean como una mofa sarcástica del generoso heroísmo que la juventud española prodiga por todos los frentes...

Pero dejemos a estos señores aparte, puesto que entre ellos y nosotros media un abismo que no podremos llenar con invectivas precisamente. Hablemos para los otros; hablemos a los que viven para la guerra.

(Continuará)

## Desde el Centro

Por LUIS ADELL corresponsal-literario de LLUITA en tierras del Centro.

Una visión rápida y esquemática de uno de los sectores del frente Centro, ha sido suficiente para cerciorarme de lo verídico de las palabras cuando éstas nos decían que es donde se ha marcado la pauta a seguir en la organización del Ejército Popular.

Moral, disciplina, espíritu de sacrificio, esto es lo que se aprende de la convivencia con soldados del Centro.

Espíritu de sacrificio, disciplina y moral, sobre todo moral, son cualidades que hay

que procurar hacer extensivas a todos, absolutamente a todos los Cuerpos de Ejército que en diferentes partes de nuestra patria defienden su territorio enfrente los mercenarios del Ejército invasor e impopular.

Conversando con uno de estos valientes y aguerridos luchadores, que en los primeros días del levantamiento militar dejaron sus fábricas, sus talleres, sus laboratorios, sus oficinas, sus quehaceres profesionales, para empuñar un fusil e ir a barrer el paso a las columnas que asomando por la sierra, representaban una amenaza directa contra Madrid y que

(Segueix a la 2.ª plana).

## Visat per la censura